

BEATA MARÍA GABRIELA SAGHEDDU

*Una vida por la unidad y su herencia ecuménica*¹

*Gabriela Masturzo, OCSO*²

1. “Oh Señor, alegremente, en la sencillez de mi corazón, te ofrezco todo”.

María Sagheddu nace en Dorgali, en Cerdeña, el 17 de marzo de 1914. Encarna en su persona las características de su tierra: obstinada, impetuosa, rebelde y voluntariosa. A todos los que, después de su muerte, se les pide testimonios sobre su vida, la madre, los hermanos, las amigas y sus maestros describen una chica indomable y poco inclinada a las prácticas religiosas.

Pero se desarrolla en María una cordura fundamental: en la escuela se muestra ávida por conocer y aprender, es inteligente y generosa, alegre y, siempre, con una absoluta falta de malicia. A los siete años María tiene un sueño en el que se ve en la iglesia de Dorgali frente al cuadro de la Sagrada Familia, el cuadro adquiere movimiento y Jesús le tiende los brazos, mientras la Virgen la mira y le sonrío. La reacción de María es la de escapar de la iglesia gritando: “¡No! Soy una pecadora”³.

Este reconocimiento nítido y sin medias tintas de la propia realidad señala una adhesión a la verdad que la protegerá siempre como un escudo. Desde la juventud hasta su muerte el aspecto que más sorprende en ella es la absoluta ausencia de mentiras en todos sus aspectos: ambigüedad, hipocresía, autojustificación.

1 El artículo original en italiano fue traducido al castellano por José Antonio Lizondo de Tejada (Madrid, España). Además fue publicado en *Collectanea Cisterciensia*, T 80 – 2018, pp. 42-60.

2 Monja de la comunidad de Vitorchiano, Viterbo, Italia.

3 Los datos biográficos han sido extraídos de la *Positio super virtutibus*, 1976.

En 1932, su hermana menor, Giovanna Antonia, a la que está profundamente unida, muere cuando tiene diecisiete años. De las noticias que tenemos sobre su biografía sabemos que en la vida de María se produce un cambio, un giro decisivo.

Hacia los dieciocho años cambió definitivamente y se distingue por su espíritu de oración. Se volvió “humilde y dócil”, testimonia brevemente su madre con dos palabras que dicen mucho de su hija, a la que antes definía como “arisca”. Entonces se inscribió en Acción Católica. Participaba en las reuniones, ejercía de catequista y preparaba a las niñas para la primera comunión. Pasaba mucho tiempo en la iglesia; tanto, que la madre, que antes debía regañarla porque iba poco a la iglesia, ahora la regañaba porque le parecía que estaba demasiado tiempo allí.

Practica la caridad con los enfermos, los pobres; ahora se inclina preferentemente hacia personas de vida oscura o marcadas por el pecado, como la de una compañera que no tenía un buen comportamiento y por la que continuó interesándose incluso desde el monasterio. La falta de soberbia que caracteriza su sencillez juvenil madura en compasión, en entrega.

Entre la conversión y la petición hecha al confesor para entregarse a Dios en un monasterio transcurren cerca de dos años. La decisión es sólo de María; el modo, el tiempo, el lugar lo confía al discernimiento de Don Basilio Meloni, que así habla de ello: “Respondió pronto y generosamente a la vocación, y sólo por motivos sobrenaturales, para ser por completo y para siempre de Dios. Era indiferente a la Orden; yo, que conocía la Trapa, le propuse esa Orden y ella aceptó de buen grado”.

Los documentos de su vida en la Trapa son escasos: un cuaderno de notas que sobre todo contiene breves citas escuchadas durante los capítulos de la Abadesa o leídas en la *lectio* de cada día, y puntualmente los avisos que se daban a la comunidad, 42 cartas, que constituyen lo más personal que escribió la Beata. Además, tenemos las memorias de la abadesa, Madre Pía Gullini y los testimonios del proceso canónico de beatificación, recogidos en el *Summarium* de la Positio.

María llega a la Trapa de Grottaferrata, en las colinas de Albano, cerca de Roma, el 30 de septiembre de 1935, donde toma el nombre de Sor María Gabriela, escribirá a su madre: “El nombre del arcángel Gabriel al que el Señor eligió para

anunciar a la Virgen el gran acontecimiento”⁴. Al frente de la comunidad está la Madre Pía Gullini, una mujer de excepcionales cualidades, tanto humanas como intelectuales y espirituales.

María Gabriela describe así a su madre la vida en la Trapa:

“Es muy bello vivir en la casa del Señor. Están fijadas las horas de la oración y también las del trabajo de modo que nadie va a su capricho, y solamente en los momentos de pausa cada una puede leer, escribir o ir a la iglesia si quiere... El trabajo puede ser en la viña, en el huerto o también en comunidad. Sobre el silencio le digo que es una cosa muy bella, porque de esta forma no se hace como en los pueblos, que se critica y se murmura, sino que cada uno hace lo que tiene que hacer y no piensa en los otros”⁵.

En esta atmósfera encuentra Sor María Gabriela su respiro: está a gusto, libre. Podemos reconocer un ulterior aumento de su experiencia de conversión: Sor María Gabriela abandona su coraza de defensa, su pudor arisco, su forma de ser todavía un poco inmadura. En la soledad profunda que es el diálogo con Dios, ella misma se hace siempre más sencilla.

Penetran en ella a nivel de experiencia las palabras de la Regla: *“Escucha, hijo, los preceptos del Maestro, e inclina el oído de tu corazón; recibe con gusto el consejo de un padre piadoso, y cúmplelo verdaderamente. Así volverás por el trabajo de la obediencia, a Aquel de quien te habías alejado por la desidia de la desobediencia”⁶.*

En la carta que dirige a su madre el día de la toma de hábito encontramos casi un comentario sobre este paso:

“Siento que Él me ha amado siempre y que ahora me ama todavía más. Comprendo esta gran predilección que Él ha tenido conmigo con esta

4 Carta a su madre del 17.10.1935, en *Beata M^a Gabriela Sagheddu, Cartas desde la Trapa*, Monte Carmelo, Burgos, 2015, p. 163.

5 Idem, p. 162.

6 *Regla de san Benito*, Prólogo, 1. 2.

gracia, cuando podría escoger a tantas otras más dignas que yo y que hubieran correspondido más generosamente a Su amor. Pero no es así. Él ha querido hacer de mí el objeto de Su misericordia. Cuando pienso en esto, me confundo al ver el gran amor de Jesús hacia mí, y mi ingratitud y mi no corresponder a Su predilección. Ahora comprendo bien aquella máxima que dice: Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva, porque lo he experimentado en mí. Él ha hecho conmigo como con el hijo pródigo”⁷.

Es la capacidad de decir gracias que de ahora en adelante acompañará a Sor María Gabriela en su proceder, día tras día, en la vida en el monasterio. Sabe que ha recibido un don y, por lo tanto, inmerecido; descubre un amor que viene a salvar toda ingratitud y “no correspondencia” y esto produce frutos en su vida y en la de los otros. Es la experiencia del hijo perdonado que experimenta el gozo y la riqueza de entrar de nuevo en la herencia del Padre, y de poseerla en plenitud.

De aquí brota la exclamación que frecuentemente le venía a los labios: “¡Qué bueno es el Señor!” y que constituye la síntesis más exacta de su espiritualidad, de la que poseemos un testimonio en el texto que escribe en el momento de su Profesión:

“Oh Señor, alegremente, en la sencillez de mi corazón, te ofrezco todo. Te has dignado llamarme a Ti y yo me arrojo a tus pies. Tú, el día de la fiesta de tu realeza, quieres que esta miserable criatura sea la reina. Te lo agradezco con toda la pasión del alma y, al pronunciar los santos votos, me abandono enteramente en Ti.

Oh Jesús, haz que me mantenga siempre fiel a mis promesas y que nunca recupere lo que te he dado en este día. Ven y reina en mi alma como Rey de amor.

Te suplico que bendigas nuestro monasterio y hagas de él un jardín de descanso para tu corazón. De manera especial bendice a las superiores y los superiores, que tienen mayor responsabilidad ante Ti.

7 Carta a su madre del 13.4.1936, en *Beata M^a Gabriela Sagheddu, Cartas desde la Trapa*, Monte Carmelo, Burgos, 2015, pp. 173-174.

Bendice a toda mi familia y, en particular, te encomiendo a mi hermano y mi cuñado, haz una brecha en sus corazones y entra, como Rey, a tomar posesión de ellos. Dirige tu mirada comprensiva sobre toda nuestra Orden y hazla un vivero de santos.

Encomiendo a tu Divino Corazón a todos mis parientes, amigos y bienhechores, mi parroquia y la Asociación de la que he formado parte, para que te dignes darles a todos paz, alegría y bendición. Te encomiendo a los bienhechores de nuestro monasterio y a la hermana que debió dejarnos para que se cumpla el esperado milagro.

Te suplico por tu Iglesia, por el Sumo Pontífice y por nuestro Obispo.

Te ruego por las hermanas de mi pueblo: que todas puedan perseverar en el amor. Sobre todo te encomiendo a la Reverenda Madre, a la Madre Maestra y a mi confesor, para que les recompenses por cuanto han hecho por mí y les des la luz para que me guíen por el camino que Tú me señalas; y a mí una gran docilidad para obedecer.

Oh Jesús, me ofrezco a Ti uniéndome a tu Sacrificio y, aunque sea indigna y poca cosa, firmemente espero que el Padre Divino mire con ojos benévolos mi pequeño ofrecimiento, porque estoy unida a Ti y además he dado todo lo que poseía.

Oh Jesús, consúmeme como una pequeña hostia de Amor para tu gloria y por la salvación de las almas.

Padre eterno, muestra que en este día se casa vuestro Hijo e instituye su reino en todos los corazones, para que todos lo amen y lo sirvan conforme a vuestra divina voluntad.

Dame a mí lo que necesito para ser una verdadera esposa de Jesús.

Amén.”⁸

8 Fiesta de Cristo Rey, 31 de octubre de 1937. *Beata M^a Gabriela Sagheddu, Cartas desde la Trapa*, Monte Carmelo, Burgos, 2015, pp. 205-207.

El ofrecimiento de su vida, confirmado en la decisión de entregarse por completo por la causa de la Unidad de los Cristianos, en enero de 1938, será la respuesta sencilla y radical que surge de la gratitud por la inmensidad de dones de gracia de los que le hace objeto el Señor.

Madre Pía Gullini dirá de ella, a propósito del ofrecimiento de su vida:

“Su docilidad, su abandono provenían –me parece– del hecho de que había intuido la grandeza de Dios y, sin analizar sus sentimientos, vivía en la adoración concreta a aquel Dios que la había elegido y que la amaba. Se sentía indigna, pequeña, nada: de esto derivan su humildad y su gratitud”⁹.

Gratitud incluso en la enfermedad, y así escribirá a su madre:

“... Rece porque el Señor haga en mí lo que sea para su mayor gloria. Soy feliz al poder sufrir algo por amor a Jesús. Mi alegría crece cuando pienso que se acerca el momento de las verdaderas bodas. Como usted sabe, el Señor siempre me ha favorecido con gracias especiales pero, ahora, con esta enfermedad me ha hecho la gracia más grande de todas. Me he abandonado totalmente en las manos del Señor y he conseguido muchísimo”¹⁰. Y “Yo agradezco, agradeceré y bendeciré siempre al Señor por cuanto ha hecho por mí y por usted, pero siento que nunca podré agradecerse bastante”¹¹.

El sufrimiento viene a ser el lugar de un coloquio más intenso con su Jesús, el lugar en el que es consciente de su unidad con la cruz a la que ha subido gloriosamente el Hijo. “*Dios mío, Tu Gloria*” repetirá a menudo en sus coloquios con la Abadesa.

9 “Quinternos” en *Beata M^a Gabriela Sgheddu, Cartas desde la Trapa*, Monte Carmelo, Burgos, 2015, p. 45.

10 Carta a su madre del 6.7.1938, en *Beata M^a Gabriela Sgheddu, Cartas desde la Trapa*, Monte Carmelo, Burgos, 2015, p. 236.

11 Carta a su madre del 22.9.1938, en *Beata M^a Gabriela Sgheddu, Cartas desde la Trapa*, Monte Carmelo, Burgos, 2015, p. 259.

En las cartas escritas desde el hospital, en los 40 días en los que experimentó más profundamente la desolación de su alejamiento del monasterio, su “tesoro”, Gabriela renovando su ofrecimiento por la Unidad vive también una especial cercanía a los pobres pecadores por los que ha dado su vida, por esos “todos” que el capítulo 17 del evangelio de San Juan pone en el corazón de la oración de Jesús.

Aquí su vida se hace intercesión según toda la extensión del ofrecimiento de Cristo.

“Ruegue por mí, para que entienda siempre mejor el gran don de la cruz y para que lo aproveche, de ahora en adelante, para mí y para todos los demás”¹².

2. “Ut unum sint”

El “aprovecharse” del don de la cruz ha hecho de ese ofrecimiento un signo reconocido universalmente como testimonio de vocación a la unidad. Y de esta joven monja, de orígenes humildes y de vida escondida san Juan Pablo II habla en su encíclica ecuménica:

“Orar por la unidad no está sin embargo reservado a quien vive en un contexto de división entre los cristianos. En el diálogo íntimo y personal que cada uno de nosotros debe tener con el Señor en la oración, no puede excluirse la preocupación por la unidad. En efecto, sólo de este modo ésta formará parte plenamente de la realidad de nuestra vida y de los compromisos que hayamos asumido en la Iglesia. Para poner de relieve esta exigencia he querido proponer a los fieles de la Iglesia católica un modelo que me parece ejemplar, el de una religiosa trapense, María Gabriela de la Unidad, que proclamé beata el 25 de enero de 1983. Sor María Gabriela, llamada por su vocación a vivir alejada del mundo, dedicó su existencia a la meditación y a la oración centrada en el capítulo 17 del Evangelio de san Juan y la ofreció por la unidad de los cristianos.

12 Carta a la Madre Pía Gullini del 3.5.1938, en *Beata M^a Gabriela Sagheddu, Cartas desde la Trapa*, Monte Carmelo, Burgos, 2015, p. 226.

Este es el soporte de toda oración: la entrega total y sin reservas de la propia vida al Padre, por medio del Hijo, en el Espíritu Santo. El ejemplo de sor María Gabriela nos enseña, nos hace comprender cómo no existen tiempos, situaciones o lugares particulares para rezar por la unidad. La oración de Cristo al Padre es modelo para todos, siempre y en todo lugar”¹³.

¿Cómo llegó Sor María Gabriela, con tanta fuerza, a la vocación por la unidad?

Me parece útil exponer en unos breves trazos cómo la oración por la unidad de los cristianos encontró su sitio en la comunidad de Grottaferrata y cómo María Gabriela llegó a ser un testigo de lo que viene definido como “ecumenismo espiritual”.

2a. La oración por la unidad

Algunos datos históricos pueden ayudarnos.

Las primeras iniciativas las encontramos en el ámbito anglicano a partir de 1838¹⁴. En 1907 un pastor episcopaliano de los Estados Unidos, Paul Wattson, funda una tercera orden franciscana, la de los “Hermanos franciscanos del Atonement” o de la Reconciliación y lanza la iniciativa de un octavario de oración para el retorno de los anglicanos a la unidad católica, desde la fiesta de la Cátedra de San Pedro, el 18 de enero, a la fiesta de la Conversión de San Pablo, el 25 de enero. Más tarde, en 1909, sus comunidades entrarán a formar parte de la Iglesia Católica. Pocos años después, en 1916, el papa Benedicto XV extiende el octavario de oración a todo el mundo. A pesar del éxito de la iniciativa, muchos cristianos no católicos son reacios a adoptarla, porque tal como ha sido planteada por Wattson contiene el reconocimiento explícito de la supremacía del papa de Roma.

13 *Ut unum sint*, 1995, n. 27.

14 *Association for universal prayer for the convention of England*, fundada por un grupo de anglicanos en 1838.

En Bélgica se forma otro centro importante, bajo la égida del papa Pío XI, cuando un monje benedictino de Mont-César, cerca de Lovaina, el padre Lambert Beaudouin, funda en 1925 en Amay-sur-Moyse (posteriormente trasladado a Chevetogne) el monasterio de la Unión para el acercamiento de los católicos a la Iglesia oriental.

Un cercano interlocutor del Padre Beaudouin es Don Paul Couturier, sacerdote de Lyon. El Padre Couturier en 1937 imprimirá un importante giro programático, proponiendo una nueva fórmula para el octavario de oración, que pedirá la unidad de los cristianos “cuál Dios la quiere y a través de los medios que Él querrá”. Los modos con los que se alcanzará la unidad remiten a Dios y no a sistemas elaborados por hombres. Encontramos en el sacerdote de Lyon uno de los principales representantes del ecumenismo espiritual que, sin ignorar los motivos de las divisiones, trata de renovar en los creyentes el dolor por la separación e inaugurar un nuevo camino de reconciliación regresando a los Evangelios. El Padre Couturier concibe el movimiento ecuménico como un “monasterio invisible” que reúne a las personas que se esfuerzan en ello como si fuera la primera comunidad cristiana, reunida y reconciliada en la Unidad. El Padre Couturier se comunica por medio de opúsculos o folletos.

2b. Grottaferrata

En enero de 1937 llega a la Trapa de Grottaferrata un folleto suyo con la invitación a participar en el octavario de oración por la Unidad.

Madre Pía Gullini tuvo oportunidad de conocer los ideales ecuménicos durante los años que pasó en Laval y se apasionó. Si, como afirmaba, su camino es el amor: “Caridad, que es unión... Amor, amor a Dios y, por Él, amor a todos y en primer lugar a quien tengo más cerca”¹⁵, no sorprende que no titubeara al proponer a la comunidad, reunida en capítulo, esta intención de oración. En el anuncio se mencionaba también –cosa normal en la espiritualidad de la época– las “oblaciones voluntarias hechas bajo la salvaguarda de la humildad, debidamente autorizadas”.

15 Carta a una novicia del 23 de noviembre de 1951, en Ennio FRANZIA “*Lettere e Scritti di Madre Pia*”, Ed. Messa degli artisti”, 1971, p. 75.

Al terminar el capítulo, Madre Inmaculada, una anciana monja de 78 años, pequeña, encogida, apoyada en su bastón se presenta a la Abadesa y, alzando hacia ella dos ojos luminosos, le dice: “Esto es para mí. Si me lo permite ofrezco el poco de vida que me queda”. Esta religiosa pertenecía a la primitiva comunidad de San Vito, trasladada a Grottaferrata. Originaria de una pobrísima familia campesina, capaz de devociones y renunciaciones imposibles para otras hermanas, trascendió casi toda su vida en la Trapa, primero como oblata y después como monja de coro, con una total entrega de sí misma, sin condiciones, a la comunidad.

Ahora sólo pide el permiso para ofrecerse; quiere dar todo, lo poco que tiene, como la viuda del Evangelio y sus dos moneditas. Impresiona el sentido de la dignidad de esta anciana monja. Sabe que su ofrecimiento es digno de Dios y precioso a Sus ojos. Quien es totalmente pobre conoce la verdadera grandeza del hombre frente a su Creador. Y el Señor vino a llevarse a Madre Inmaculada un mes después de su ofrecimiento, que ella renovó varias veces en su breve agonía llena de paz.

Madre Pía responderá a Gaston Zananiri¹⁶, que años después preguntará sobre la delicada y exigente temática del “ofrecimiento de sí mismo”:

“Usted me pregunta si el holocausto de la propia vida es una tradición cisterciense. Pienso que es un deseo de toda alma generosa, especialmente en clausura. No tenemos otra cosa que dar más que a nosotras mismas. Hemos dado todo, nos entregamos por medio de los votos, de una forma normal: queremos ahora subrayar más el ofrecimiento, añadiéndole un significado de consumación sufriente, y la renuncia de la vida con la aceptación de una muerte prematura”¹⁷.

En el clima de cerrazón y conflicto que obstaculizaba cualquier acercamiento entre católicos y protestantes, desde el mundo monástico se

16 Gaston Zananiri (1904-1996) fue diplomático en Alejandría en Egipto. Conoció al padre Christophe-Jean Dumont y el Centro Istina y a través de estos entró en contacto con Madre Pia Gullini. Escribió la primera biografía en francés de Sor Maria Gabriella Sagheddu, “Dans le mystère de l’ Unité, Maria Gabriella” (1955). Entró en la Orden de Predicadores y fue secretario del Centro de Documentación sobre las Iglesias y las sectas en París.

17 “Quinternos” autógrafos de Madre Pia Gullini, 1953, Respuestas a algunas preguntas hechas por el Señor Zananiri mientras escribía la biografía de Sor María Gabriela, en *Beata M^a Gabriela Sagheddu, Cartas desde la Trapa*, Monte Carmelo, Burgos, 2015, p. 25.

comienza a irradiar una nueva sensibilidad hacia la posibilidad de encuentro entre distintas confesiones, que se extenderá progresivamente a todo el mundo eclesial.

El año posterior a la muerte de Madre Inmaculada, en enero de 1938, llega a Madre Pía la nueva convocatoria de Don Paul Couturier para el octavario, lleva por título “La oración universal de los cristianos por la unidad cristiana”. Madre Pía leyó en capítulo la última parte y estas fueron algunas de las frases que tuvieron una decisiva resonancia en el corazón de Sor María Gabriela:

“Sin cerrar voluntariamente los ojos sobre las diferencias para disolverlas en un sincretismo destructor de cualquier fe verdadera, primordialmente buscaremos lo que nos acerca para ponerlo de relieve. Así verán la luz las perspectivas de convergencia en las que aparecerá la necesidad de negar todo cuanto hay de negativo y de reconsiderar nuestra respectiva dirección dogmática (...) La oración se mantendrá como el centro luminoso y vivo, rico de una espléndida irradiación, de universalidad y de simultaneidad visible a través de la cristiandad rota, para llevarla durante estos días del 18 al 25 de enero (...) a las vías de la Unidad (...) La complejidad del problema nos hará arrodillarnos, en el corazón de Cristo, para repetir todos juntos, en un acto de amor único e inmenso: “Oh, Señor, venga la Unidad que tu has pedido para todos los que te aman: Congregavit nos in unum Christi amor”¹⁸.

El octavario fue celebrado como el año precedente; cada día dedicado a los hermanos de una determinada zona: los cristianos Ortodoxos de Oriente, los Anglicanos, los Luteranos y los Protestantes de Europa, los Protestantes de América, los cristianos que han abandonado la práctica de los sacramentos, los Judíos y los Musulmanes, los paganos de todo el planeta.

Ignoramos la forma en la que Sor María Gabriela expresó su propio ofrecimiento, dado que no dejó nada escrito. En la discreción propia de la vida trapense, su decisión madurada en secreto permanece sellada. Sin embargo, por mucho que sea deseado íntimamente, el don de sí, y cualquier otro ofrecimiento al Señor, no es una simple decisión personal. La Regla de San Benito prescribe

18 Extraído de P. Beltrame QUATTROCCHI, *La Beata Maria Gabriella dell'Unità*, Monastero Trappiste di Vitorchiano, 1983, p. 128.

que “*lo que cada uno ofrece propóngaselo a su abad, y hágalo con su oración y consentimiento*”¹⁹.

Sor María Gabriela primeramente habla de ello a la Maestra de Novicias, Madre Tecla, que así lo testimonia:

*“En aquellos días Sor Gabriela me dijo en confianza lo que el Señor le pedía; también ella quería ofrecer su vida por la Unidad de la Iglesia. Este era un argumento que no podía dejarme indiferente. Había pasado venticinco años en misiones, había tenido y todavía tenía entre los “disidentes” muchas almas amadas por mí, y no podía desear cosa mejor que verlas entrar en el rebaño del único buen pastor. Sin embargo la experiencia me había enseñado que el mejor medio para obtener esto eran la oración y el sacrificio. Sor Gabriela quería asumir el sacrificio y dejarme la oración a mí. ¿Podía decirle que no? Rápidamente tuve la impresión de que ese sacrificio había sido aceptado y que yo perdía una hija con muchas y muy buenas esperanzas”*²⁰.

Sor Gabriela hizo más tarde la pregunta a la Abadesa, Madre Pía. Se arrodilló y pidió, dulce y dócil como siempre, pero esta vez con insistencia: “Déjeme ofrecer mi vida ¿para qué vale? No hago nada, nunca he hecho nada. Ha dicho usted que puede hacerse con el debido permiso”.

El ímpetu generoso de la anciana Madre Inmaculada había sido acogido con conmoción. Al que podía ser un impulso juvenil se respondió con cierta indiferencia. Después de algunos días, Sor Gabriela volvió humilde y tímida: “Me parece que el Señor lo quiere, me siento empujada a ello sin querer pensar en ello”. La Madre respondió: “No digo ni sí ni no. Ofrezcase a la voluntad de Dios. Pregúntelo también al Padre Capellán. Después el Señor hará lo que quiera”.

Madre Pía no pensó más en ello, pero el mismo día, antes de anochecer, la joven sintió un fuerte dolor en un hombro, un cansancio extraño. De ahí en adelante el sufrimiento físico, que hasta entonces le había sido desconocido, no desapareció jamás, sino que creció con rapidez. Lo soportó en silencio,

19 *Regla de san Benito*, Capítulo 49,8.

20 Memorias de Madre Tecla Fontana. Archivo de Vitorchiano.

sin extrañarse, serenamente conocedora de su ofrecimiento. Sólo, más tarde, interrogada explícitamente sobre esto, reveló con sencillez a la Madre los inicios de la enfermedad: “*Desde el día que me ofrecí no he vuelto a estar bien*”²¹. Al principio el malestar no parecía preocupante, según el médico del monasterio se trataba de un simple resfriado; no obstante, se decidió hacer una radiografía, hecho que comportaría una momentánea salida de la clausura. En abril de 1938 se prepara para ir al Hospital San Juan de Roma y someterse a los exámenes, segura de volver antes de anochecer. El diagnóstico es: tuberculosis. El resultado es totalmente inesperado, tanto porque no hay precedentes en la familia Sagheddu, como porque resulta imposible que se haya contagiado dentro de los muros del monasterio. Los doctores se muestran optimistas y aseguran, dada la leve magnitud del mal y la robusta constitución de la enferma, una rápida curación con el tratamiento de neumotórax. Por su parte, Gabriela siente que las cosas discurrirán de forma distinta. Ha cedido todo lo que tiene: juventud, salud, vida; nadie puede saber mejor que ella que el ofrecimiento ha sido aceptado, independientemente del parecer de los médicos.

La desilusión al no poder volver rápidamente al monasterio es lacerante, como escribe a Madre Pía: “*Lloré tanto que no puedo más*”²². No le angustia la perspectiva de la enfermedad y su posible evolución, sino el verse forzada a permanecer lejos del monasterio.

Gritan sus pobres palabras, suplicantes, en las cartas que escribió a la Abadesa desde el hospital. No hizo caso alguno al sufrimiento, y no lo hará después cuando, en el monasterio, el dolor físico se vuelva insoportable. Pero ahora, desde el hospital, grita: “*Tengo el corazón desgarrado, y sin ayuda especial del cielo mi cruz se ha vuelto tan pesada que no lo puedo resistir más*”²³. Nunca pidió nada para sí, jamás. Y ahora implora: “*haga todo lo posible para que vuelva pronto al monasterio*”²⁴. “*A veces me pregunto si el Señor me ha abandonado; otras veces pienso que Él prueba a los que ama; otras veces aún me parece imposible que Dios pueda ser glorificado en esta vida, pero termino siempre abandonándome*

21 De las notas de Madre Pía, Archivo de Vitorchiano

22 Carta a Madre Pía Gullini del 24.4.1938 en *Beata M^a Gabriela Sagheddu, Cartas desde la Trapa*, Monte Carmelo, Burgos, 2015, p. 221.

23 Idem.

24 Carta a Madre Pía Gullini del 24.4.1938 en *Beata M^a Gabriela Sagheddu, Cartas desde la Trapa*, Monte Carmelo, Burgos, 2015, p. 222.

a su divina voluntad”²⁵. Su fuerte naturaleza, dueña de sí misma, cede: “*El Señor me tiene sobre la cruz desnuda y no tengo otro consuelo que saber que sufro para cumplir la divina voluntad en espíritu de obediencia. A veces me parece que he perdido la cabeza: cuando comienzo el rosario, voy a decir la coronita de la misericordia; empiezo ésta y me encuentro en la de los difuntos y etcétera, y por esto digo con el salmista: “Yo era un animal ante ti, pero yo siempre estaré contigo*”²⁶.

No hay carta, no hay súplica, no hay grito que no sea interpuesto y no termine con el expreso deseo de cumplir la voluntad del Padre, de ofrecer todo por la Gloria de Dios y de obedecer siempre. “*Antes no había modo de doblegar mi corazón; ahora, verdaderamente, he comprendido que la gloria de Dios y el ser víctima no consisten en hacer grandes cosas, sino en el sacrificio total del propio yo*”²⁷. Es en la realidad de la Cruz donde se encuentran el horror del dolor y el abandono confiado del Hijo. La persona sufre y se rebela en cada una de sus fibras; y aun así, de modo desconocido y sorprendente, emerge la seguridad inquebrantable del amor del Padre. “*Soy débil, es verdad, pero el Señor que conoce mi fragilidad y la causa de mi dolor me perdonará, estoy convencida de ello*”²⁸.

La cura del neumotórax no hace que mejore, al contrario, destruye las últimas resistencias a la enfermedad. Después de cuarenta días de hospital vuelve al monasterio mucho peor.

Entrando en la enfermería de la Trapa, de la que no saldrá más, dirá a la hermana enfermera: “*La enfermedad es mi riqueza. El Señor me la ha dado, pero no quiero compartirla con usted, ni con nadie*”. Pondrá muchísimo empeño en evitar, con delicadeza infinita, el contagio a las hermanas, que citaron innumerables episodios al respecto.

25 Carta a Madre Pía Gullini del 24.4.1938 en *Beata M^a Gabriela Sagheddu, Cartas desde la Trapa*, Monte Carmelo, Burgos, 2015, p. 223.

26 Carta a Madre Pía Gullini del 24.4.1938 en *Beata M^a Gabriela Sagheddu, Cartas desde la Trapa*, Monte Carmelo, Burgos, 2015, pp. 226-227.

27 Idem.

28 Carta a Madre Pía Gullini del 28.4.1938 en *Beata M^a Gabriela Sagheddu, Cartas desde la Trapa*, Monte Carmelo, Burgos, 2015, p. 223.

Custodia su tesoro de sufrimiento. Las punzadas son insoportables, la tos estalla dentro y sus palabras son: “Jesús te amo”. “Jesús te doy gracias”. “Te agradezco el hacerme sufrir”. “Se puede sufrir sin estar triste”. “Aquí estoy, Jesús, para hacer tu voluntad”.

Para ella no sabe pensar nada mejor que la real voluntad de Dios: “No deseo ni vivir ni morir, pienso en la voluntad de Dios”. Durante el último año de su vida lee y relee el capítulo 17 del Evangelio de San Juan, sin imaginar, por cierto, que un gran papa hablará de ello el día de su beatificación, centrándose con ternura en el hecho tan personal e íntimo de las páginas de su evangelio desgastadas por el uso frecuente.

El hecho que concierne a Gabriela, sin embargo, ya en esos días no se aborda sólo dentro de los muros de su monasterio. Mientras su salud empeora se establece una nueva relación entre Madre Pía y la abadía anglicana de Nashdom, erigida en 1926 en el condado inglés de Buckingham con el objetivo de trabajar por la reunión con la Iglesia Católica romana²⁹. Nashdom depende de la Iglesia de Inglaterra aunque sus monjes sean, a todos los efectos, benedictinos; tanto en la celebración de la liturgia, en latín y según el rito romano, como en la observancia general de la Regla. El maestro de novicios de la Abadía, el Padre Benedict Ley, que conoció por Don Paul Couturier que en la Trapa de Grottaferrata había muerto ofreciéndose por la Unidad una monja anciana, Madre Inmaculada, escribe a la abadesa en julio de 1938, para expresar su cercanía. Al responderle, Madre Pía le informa además del ofrecimiento hecho por una joven, enferma de tisis y al final de sus días. El Padre Benedict escribe a María Gabriela para comunicarle afecto y reconocimiento, esperando recibir de ella alguna línea escrita por sus manos, como declarará posteriormente, pero Gabriela no toma ni siquiera en consideración la idea de responder; solamente ruega a Madre Pía que lo agradezca en su nombre.

Muere el 23 de abril de 1939 a la hora de vísperas. El Señor viene a llevársela el Domingo del Buen Pastor. El pasaje evangélico de ese día expresa el sentido de su fin:

29 Mariella Carpinelo, *Introducción en Beata M^a Gabriela Sagheddu, Cartas desde la Trapa*, Monte Carmelo, Burgos, 2015, p. 128.

“Yo soy el buen pastor. Yo doy mi vida por las ovejas. También tengo otras ovejas que no son de este redil; y también a ellas debo traerlas. Ellas me obedecerán, y formarán un solo rebaño, con un solo pastor”³⁰.

Había cumplido veinticinco años tan sólo unos días antes.

Su historia terrenal ha terminado, pero no la misión para la que había sido llamada por el Señor.

Con cuidado y con amor, Madre Pía recogió palabras y testimonios sobre Gabriela, consciente de que cuanto sucedía en su pequeña Grottaferrata era luz para la vida de la Iglesia. La Providencia quiso que llegase como postulante la joven y brillante escritora María Giovanna Dore³¹, a la que no dudó en confiar la primera biografía, mientras se intensificaba un profundo y ardiente vínculo con los monjes de Nashdom, dónde vibraba el mismo deseo ecuménico.

La biografía publicada en 1940, también gracias al prólogo de Iginio Giordani, brillante periodista católico y hombre político, encuentra inmediata difusión. Los intercambios entre la Trapa de Grottaferrata y los miembros del movimiento ecuménico se intensifican. Entre los que visitaron el monasterio, se encuentran dos religiosos que están implicados a fondo en la realidad ecuménica; Roger Schutz y Max Thurian de la comunidad de Taizé. Les acompañó la madre del Hermano Roger, Amélie, que después mantendrá correspondencia con Madre Pía y las unirá una profunda amistad.

Grottaferrata se convierte así en un centro de referencia para el movimiento ecuménico.

Será este uno de los puntos de fricción entre Madre Pía y los superiores mayores de la Orden. Por los demás, en los primeros años cuarenta del siglo pasado todavía se estaba lejos del conocimiento, hoy adquirido, de que el monacato es, por su naturaleza, un ámbito ecuménico.

30 Jn 10,14-16

31 Maria Giovanna Dore (1910-1982), periodista y escritora, después de haber entrado en la Trapa de Grottaferrata, salió de allí por motivos de salud. Fundó a continuación en Olzai, en Cerdeña, el monasterio “Mater Unitatis” de regla benedictina y con el carisma de la oración por la unidad de los cristianos. Actualmente la comunidad está en Dorgali en Cerdeña y tiene una misión en Sri Lanka.

Lo es por su referencia a la iglesia primitiva donde se vivía con “un solo corazón y una sola alma”. Y lo es por su empeño, ya desde los orígenes, de consagrarse a la búsqueda de Dios, empeñándose en traducir integralmente los evangelios en vida vivida. Lo es por la capacidad de diálogo entre las religiones que tienen distintas tradiciones monásticas. Sabemos cómo en el arco del siglo XX los monjes cristianos, expandiéndose desde el viejo continente hacia otros continentes y otras culturas, midiéndose con diversas formas de ascetismo, descubriendo una unidad en la experiencia de Dios, han encontrado nueva fuerza.

Incluso el protestantismo nacido en el siglo XVI con una aversión al monacato ha revisado, en el siglo XX, la originaria desconfianza, descubriendo la riqueza de una experiencia de fe, propia de la vida monástica y de la libertad que ella tiene respecto al compromiso de las instituciones con el poder temporal³².

En la historia del monacato femenino encontramos distintos ejemplos de cómo las monjas han personificado la profecía dentro de la Iglesia en una corriente hacia la Unidad. En la primera mitad del siglo XX Grottaferrata es uno de los lugares en los que el cristianismo manifiesta la novedad que encontrará su expresión en el ámbito del Concilio Vaticano II.

3. Los frutos de una buena semilla, hoy: la herencia de Sor María Gabriela

La tumba de Sor María Gabriela rápidamente se convierte en meta de visitantes que se recogían en oración y que eran cada vez más numerosos. Las biografías, gracias al trabajo de Madre Pía Gullini, contribuyeron a difundir, con extrema rapidez en Italia, en Europa y al otro lado del océano, en el mundo católico y en el seno de las iglesias de los hermanos separados, el nombre y la figura de Sor María Gabriela, vinculando su ofrecimiento al tema de la Unidad de los Cristianos. Comenzaron a afluir cartas, peticiones de estampas, notificaciones

32 CIVSSVA, *La vita consacrata nelle tradizioni cristiane. Colloquio ecumenico 22-25 gennaio 2015*. El Cardenal Kurt Koch, el 24 de enero de 2015, en el encuentro con los invitados ecuménicos en el Año de la vida consagrada, señala que “Testimoniar la presencia del Dios vivo en las sociedades siempre más secularizadas de hoy es el desafío básico del ecumenismo. Reconociendo esta centralidad de Dios, la vida consagrada presta al ecumenismo un servicio excepcional”. También J. M. Hernández M., cmf, *Comunicazione al XLI Congr. Ist. di Teologia della Vita Consacrata*, Claretianum, Roma 15-18 diciembre 2015

de gracias, de curaciones y de conversiones a Dios y a la Iglesia, atribuidas al encuentro con la pequeña apóstol de la Unidad y a su intercesión.

En tan solo unos años, y contra toda previsión, todo eso suscitó alrededor de la persona de María Gabriela tales y tantos testimonios que justificaban una fama de santidad, confirmada también por episodios de osmogenesia, es decir, de olores sobrenaturales que fueron sentidos por varios testigos. En 1957, al tiempo que la comunidad se trasladaba de Grottaferrata a Vitorchiano, se obtuvo del Capítulo General y de la Santa Sede el permiso para abrir la Causa de beatificación.

El milagro de la curación de Sor María Pía Manno, una benedictina de Alcamo, en Sicilia, en 1960, hizo avanzar la causa hasta la Beatificación, que fue celebrada el 25 de enero de 1983 en San Pablo Extramuros.

Fue la ocasión para profundizar en su mensaje, para una asimilación con mayor conocimiento de su herencia, incluso para su comunidad monástica.

Madre Cristiana³³ escribe a este respecto:

“Una beatificación convirtió, de improviso, en paradigmática una vida que se había movido en el surco de la tradición y la cotidianidad. La tentativa de redescubrirla, de interiorizarla, de aprender de Gabriela a vivir la vocación a la que fuimos llamadas, ha guiado las reflexiones que forman parte de los habituales capítulos dominicales que se tienen en nuestros monasterios. Y, sin embargo, elaborar tal reflexión ha significado acceder a una admiración, un estupor increíble frente al misterio de predilección con el que Dios bendijo y colmó la pequeña alma de esta hermana. Enseñanza, examen de conciencia, estímulo a una conversión que supera con creces el momento vivido y la meditación que ha manado de ello; Gabriela siendo la pequeña hermana con la que es dulce caminar llevándola de la mano, se convierte en maestra y signo, referente y modelo de vida”³⁴.

33 Madre Cristiana Piccardo fue Abadesa de Vitorchiano de 1964 a 1988. Superiora y Abadesa de la comunidad de Humocaró en Venezuela de 1991 a 2002.

34 Cristiana PICCARDO, *Alla Scuola della libertà*, Ancora, Milano, 1992, p. 97.

Podemos preguntarnos: ¿en qué contexto se ha desarrollado, en la comunidad de Vitorchiano, el ofrecimiento de Sor María Gabriela como buena semilla caída en la tierra fecunda del monasterio?

En los años 60, el Concilio y los acontecimientos mundiales que marcaron una época de cambios vertiginosos para el mundo contemporáneo, fueron para la comunidad un tiempo de reflexión y trabajo.

Madre Cristiana Piccardo escribía que la comunidad de Vitorchiano “*era una comunidad pobre, pero abierta a acoger lo nuevo de la historia y de las nuevas generaciones, con sus preguntas y los desafíos y las gracias de las que eran portadoras, y a integrarlo vitalmente en su camino monástico, porque existía en su seno lo que hoy llamaríamos “una cultura de la vida”. Una identidad, es decir una capacidad, sin prejuicios, de acoger con respeto y amor cualquier aportación que fuese fuente de crecimiento auténtico de la comunidad*”³⁵.

Esta “cultura de la vida” encuentra su origen en el espíritu de oración, en la tensión a vivir la conversión del corazón y el ofrecimiento, que son propios tanto de la vocación ecuménica como de toda vocación auténticamente contemplativa. Esto lo confirma la homilía de san Juan Pablo II en la Beatificación de Sor María Gabriela, donde subraya los tres valores fundamentales que unen la vocación trapense y la vocación ecuménica: “la conversión, la cruz (ofrecimiento) y la oración”.

Este es el dinamismo que aún hoy nos hace entrar en la misión ecuménica de la Iglesia, en el surco abierto por el ofrecimiento de María Gabriela y que para nosotras coincide con el vivir de forma siempre más auténtica nuestra vocación. La escucha del Magisterio y la obra de renovación a la que nos ha llamado el Concilio Vaticano II han significado una profundización del sentido eclesial de nuestra realidad en sus elementos fundamentales: el seguimiento de Cristo, la escucha a la autoridad, la comunión fraterna, la responsabilidad personal y la experiencia del perdón.

35 Cristiana PICCARDO, *Pedagogia viva*, Jaca Book, 1999, p. 43.

En la vida común emerge con dramática evidencia cómo el pecado contra la unidad nace del cerrarse a la escucha y de la prepotencia de una voluntad incapaz de humildad y de diálogo con la verdad y la caridad compartida que sostienen la vida de la Iglesia. La unidad puede ser continuamente acogida y edificada solamente si somos capaces de preferir el bien de la comunión a cualquier otra hipótesis reductiva y miope. Es una dedicación nunca completada, y es un trabajo cotidiano a abrirse a recibir, a escuchar, a colaborar con la hermana que tenemos al lado, siempre relacionado con el pensamiento y el juicio de Cristo. Es la actualización del celo bueno al que nos invita San Benito³⁶.

Esto requiere una continua conversión que es el dinamismo propio de la vida de todo monje y es materia de un voto específico. Escribía Sor María Gabriela en una carta:

“Para mí entrar en el monasterio y ser perfecta eran la misma cosa y, en cambio, por experiencia me he convencido de que no es así. Para llegar a la perfección he visto que se necesita trabajar mucho, que aun entrando en el monasterio, traigo conmigo mi yo y mis defectos, con los que tengo que combatir continuamente. (...) El Señor, que me ha puesto en este camino, se encargará de ayudarme en la lucha para conseguir la victoria”³⁷.

Nos abrimos así al perdón, que en su más amplio sentido es gracia de un retorno a nuestra relación de hijos con el Padre. Nos lo ofrece Cristo en la Iglesia y se convierte en una responsabilidad en la dinámica de nuestras relaciones. El gesto tan habitual en Sor María Gabriela de confesar el “*mea culpa*” y golpearse el pecho hoy ha adquirido una forma dialógica, en el sentido de la capacidad de decirse la verdad y de querer comenzar cada vez reconociendo el bien que es la relación con el otro. Podemos perdonar si antes hacemos experiencia de perdón, de reconciliación, de verdad, en primer lugar, en nosotros mismos.

La apertura a la escucha y al diálogo, además, ha sido fundamental para la acogida de nuevas generaciones de monjas, con sus problemáticas y sus riquezas, en un dinamismo de tradición y novedad que conforma el rostro actual de nuestra

36 *Regla de san Benito*, Capítulo 72,2-3.

37 Carta a Don Basilio Meloni del 9.6.1937 en *Beata M^a Gabriela Sagheddu, Cartas desde la Trapa*, Monte Carmelo, Burgos, 2015, p. 188.

Casa; y ha abierto un camino de inculturación, también en la perspectiva de la misionalidad monástica que se nos ha ofrecido a través de las fundaciones que Vitorchiano ha generado, a partir de 1968, ocasiones de unidad comunitaria para la realización de un proyecto común, a la vez que un dilatarse de la vida recibida en una Casa nueva: *“La afirmación de una vocación, de una adhesión al Señor, de una pasión para la expansión del Reino de Dios, allí donde Dios nos sitúa y con la posibilidad y la modalidad que ofrece el ambiente”*³⁸.

La Madre Teresa Astoin escribió de la pobrísima Trapa de San Vito: *“Esta casa será madre de muchas otras”*, y Madre Pía lo confirmó diciendo: *“Veo la Trapa como un río de vida que se ramifica y distribuye agua por todas partes”*³⁹. También, en este sentido, se recuerda un episodio de los últimos días de vida de Sor María Gabriela: en el delirio producido por la fiebre se le presenta un país inmenso, la China. Muchos, muchos niños corren hacia ella. Abraza a uno y le dice: yo te bautizo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Estas intuiciones, que podemos llamar proféticas, porque nacieron en una situación de gran pobreza de la comunidad, contaron con la fuerza atractiva de la vida monástica y con su capacidad de establecerse en todos los países del mundo sin temer las circunstancias desfavorables desde un punto de vista histórico y cultural, creyendo fuertemente en la capacidad evangelizadora del monacato benedictino.

Madre Cristiana subraya lo importante que ha sido para este desarrollo, después de los años 70, la afluencia de vocaciones que provenían de nuevos movimientos eclesiales *“que en la Iglesia aprovecharon el carisma profético, todo el ímpetu de comunión, la fuerza del anuncio, la pasión del testimonio”*⁴⁰, y han tenido la misión de dar vida, después del nacimiento de Valsarena en 1968, a otras seis nuevas casas en Argentina (Hinojo, 1973), Chile (Quilvo, 1981), Venezuela (Humocaró, 1982), Indonesia (Gedono, 1987), Filipinas (Matutum, 1995), República Checa (Nasi Pani nad Vltavou, 2007), y pronto una nueva fundación en Portugal.

38 Cristiana Piccardo, *Pedagogia Viva*, Jaca Book, 1999, p. 144.

39 Idem, p. 150.

40 Idem, p. 152.

Puede decirse que el ecumenismo se ha dilatado en universalidad.

Un aspecto último, pero no menor, es el de la intercesión que la Beata María Gabriela ejerce para todos los que, en la oración, se confían a ella.

Escribió en la última carta a su madre, para que fuera enviada tras su muerte:

“Le escribo estas líneas para enviarle mi último pensamiento y mi último saludo. El divino Esposo ha renovado la invitación y el suspirado día se avecina. No le hablo del día de la muerte, sino del día en que, sueltos los lazos de esta mísera carne, podré pasar finalmente de esta vida a aquella feliz y bendita del cielo. La separación del cuerpo no es una muerte, sino un paso a la verdadera vida.

(...) Esté tranquila, porque allá arriba le seré mucho más útil a usted que lo que soy aquí; porque allí veré claramente sus necesidades y podré interceder al Señor desde más cerca”⁴¹.

Desde su amistosa presencia en la capilla del monasterio a ella dedicada, a la que acuden numerosos peregrinos, un flujo constante de oración se ha dilatado en una dimensión planetaria.

Son muchísimas las gracias de unidad en las comunidades, en las familias y entre esposos, de perdón, de reconciliación, de vuelta a la oración, al Señor y a la Iglesia. Llegan también ecos de muchas gracias de curaciones y, las más numerosas, son gracias concedidas a mujeres que no podían tener hijos y que gracias a Ella reciben el don de convertirse en madres.

Si durante su existencia terrena María Gabriela acogió el desafío inmenso en la vida de la Iglesia de la división entre sus hijos, hoy vemos que su atención se centra sobre la raíz última de la división, es decir, el desprecio de la comunión entre las personas, las familias, y de la vida, para sanarla.

41 Última carta a su madre en Beata M^a Gabriela Sagheddu, *Cartas desde la Trapa*, Monte Carmelo, Burgos, 2015, pp. 279-280.

Pone su mirada y su intercesión en el núcleo inicial de la existencia, no olvidando la vida humana en todas sus exigencias. Como afirma la constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*:

«Por lo mismo que los bienaventurados están más íntimamente unidos a Cristo, consolidan más eficazmente a toda la Iglesia en la santidad... no cesan de interceder por Él, con Él y en Él a favor nuestro ante el Padre, ofreciéndole los méritos que en la tierra consiguieron por el “Mediador único entre Dios y los hombres, Cristo Jesús...”. Su fraterna solicitud contribuye, pues, mucho a remediar nuestra debilidad”⁴².

“Veneramos la memoria de los santos del cielo por su ejemplaridad, pero más aún con el fin de que la unión de toda la Iglesia en el Espíritu se vigorice por el ejercicio de la caridad fraterna. Porque, así como la comunión cristiana entre los viadores nos acerca más a Cristo, así el consorcio con los santos nos une a Cristo, de quien, como de Fuente y Cabeza, dimana toda la gracia y la vida del mismo Pueblo de Dios”⁴³.

segretariatobeatamgabriella@gmail.com

42 *Lumen Gentium*, 49

43 *Lumen Gentium*, 50